

# Seguir a los clásicos: un taller oculto en la formación del sociólogo

## *Following the Works of the Classics: a Hidden Workshop in the Education of a Sociologist*

Juan José CASTILLO

Universidad Complutense de Madrid  
Departamento de Sociología III (Estructura Social y Sociología de la Educación)  
jjcastillo@cps.ucm.es

Recibido: 22.4.09

Aprobado definitivamente: 3.6.09

### RESUMEN

Como ejercicio reflexivo sobre la *trastienda* de la formación sociológica, y con el ejemplo de la reconstrucción parcial de un itinerario intelectual, el autor trata de identificar algunas formas y recursos científicos utilizados, a lo largo de los años, en un permanente ir y volver a los clásicos de las ciencias sociales. En ese recorrido y esa reflexión identifica algunas lecciones que pueden servir para defender un estilo de formación para quien se inicie, o persevere, en el oficio de sociólogo. Siendo sus bases fundamentales el recurso permanente a cuestionar, identificar y vivificar las aportaciones de los y las que hemos llamado clásicos de las ciencias sociales. Autores como Charles Babbage, John Stuart Mill, Harriet Taylor, Alfred Marshall, Mary Paley, Stanley Jevons, Sidney y Beatrice Webb, Adolfo Posada, Emilia Pardo Bazán, entre otros, desfilan por este texto, sin respetar los límites de las demarcaciones disciplinarias actuales. A la búsqueda de una más cabal interpretación del complejo mundo que vivimos. Y perfilando, también, una reivindicación del papel de las mujeres en la creación y consolidación de la tradición clásica en sociología.

**PALABRAS CLAVE:** Taller oculto, mujeres sociólogas, mujeres economistas, colectivos de pensamiento, interdisciplinariedad, reflexividad, Sociología británica, oficio y pasión de sociólogo.

### ABSTRACT

Like a reflective exercise on the back room of the sociological education, and with the example of the partial reconstruction of an intellectual itinerary, the author tries to identify some used forms and scientific resources, throughout the years, in a permanent go and return to the classics of the social sciences. In that journey and that reflection he identifies some lessons that can serve to defend a style of education for the students that begins, or persevere, in the sociological craft. The foundations for that are in the permanent reading on great *oeuvres*, so to question, to identify and to vivify the contributions of and those that we have called classics of social sciences. Authors like Charles Babbage, John Stuart Mill, Harriet Taylor, Alfred Marshall, Mary Paley, Stanley Jevons, Sidney and Beatrice Webb, Adolfo Posada, Emilia Pardo Bazán, among others, march past by this text, without respecting the limits of the present disciplinary demarcations. To the search of a more exact interpretation of the complex world that we lived in. And outlining, also, a vindication of the important role of women in the creation and consolidation of the classic tradition in sociology.

**KEYWORDS:** Hidden workshop, women sociologists, women economists, knowledge communities, interdisciplinarity, reflexivity, British sociology, sociological 'creed and craft'.

### SUMARIO

1. Introducción: historia de una pasión. 2. El 'principio'. 3. Con John Stuart Mill y Harriet Taylor. 4. Con Alfred Marshall, sin Mary Paley. 5. Conclusión provisional: 'pasión y oficio', aprender con los clásicos. 6. Referencias bibliográficas.

## 1. INTRODUCCIÓN: HISTORIA DE UNA PASIÓN

Este artículo es una suerte de *making of*, una recomposición del itinerario que, a lo largo de los últimos veinte años, ha jalonado una evolución intelectual, en una parte orientada por la preparación, siempre aplazada, de una edición crítica de la obra de un adelantado de las ciencias sociales del trabajo, y en tantos otros campos de investigación, considerado un pionero del ordenador. Se trata de Charles Babbage, y la obra, que se editó en 1832, es *On the economy of machines and manufactures*. La traducción española de José Díez Imbrechts adoptó el título de *Tratado de mecánica práctica y economía política*<sup>1</sup>.

A lo largo de este itinerario, que, posiblemente comienza con la lectura de *El Capital*, creo que se pueden identificar algunas lecciones, reflexionando sobre la propia práctica del oficio de sociólogo, que pueden servir para proponer una estrategia de enseñanza y reflexión, desmontando a los clásicos, para la enseñanza universitaria de la sociología, y más genéricamente hablando, de las ciencias sociales.

Uno no es consciente de cómo comienza una pasión científica. Y aún menos los meandros que recorre el río que puede llegar a constituir, y los afluentes que lo alimentan. Sin embargo, ese es el ejercicio, reflexivo, desde luego, que voy a intentar en este texto. Persiguiendo y analizando la mía, mi pasión, por un conjunto de autores que han marcado notablemente tanto mi orientación y producción científica como las líneas maestras de mi 'estilo de pensamiento'.

Posiblemente todo empezó con Marx, como decía. Persiguiendo, desmontando, su castillo de referencias, de citas, de estudios, de sugerencias. Intentando averiguar, por la vía de la consulta directa, quiénes eran esa pléthora de autores, de contemporáneos suyos muchas veces, que fundamentan sus argumentos. Las grandes bibliotecas consultadas, las estancias de investigación, la recuperación personal de textos clásicos

fueron una de mis ocupaciones en estos años, junto al trabajo de enseñanza e investigación. Así recorrí la British Library y el British Museum en Londres. La Bodleian Library en Oxford; la Bibliothèque Nationale en París; y, por supuesto, nuestra Biblioteca Nacional en Madrid. Las Bibliotecas de Turín, donde no fue la menor fuente de documentación y consulta la Fondazione Einaudi, que acumula una de las más importantes colecciones de textos clásicos. La University Research Library de UCLA, en Los Ángeles, con reproducciones microfilmadas de casi todas las ediciones de las obras de Babbage, por ejemplo... *Et ainsi de suite*.

Perseguir las referencias y los autores, en serio, tiene, claro está, un coste elevado en tiempo y dedicación. Máxime cuando, como era el caso en el tiempo en que comencé a seguir esas referencias, las dificultades de acceso eran notables. Hoy, creo, todo sería posiblemente más fácil de llevar a cabo.

Pero puede ser considerada una primera lección para transmitir a los estudiantes, a quienes se inician en la sociología: ir siempre a las fuentes, fomentar la curiosidad, el releer lo cien veces citado, y muchas veces mal leído, si se había leído. La importancia de volver a los clásicos sin barnices que los oscurecen y deforman. Contrastar lo que un autor dice que dice otro, y su verdadera estrategia de argumentación.

De esa práctica sostenida, de anotar autores, referencias, datos y fuentes mencionados al pasar, de ahí viene mi ya vieja pasión por un autor, Charles Babbage, que es un pilar de referencia fundamental en el análisis de la división del trabajo, desde Marx hasta el presente<sup>2</sup>.

Junto a la obra de Babbage, y partiendo de Marx, fui identificando el contexto de la producción científica en la Inglaterra del siglo XIX. Para poder evaluar su aportación me enfrenté a un conjunto de trabajos e investigaciones que consulté, leí y perseguí allí donde estuviera: en Turín, en París, en Los Angeles... Un clásico me llevó a otros muchos y a una consideración

<sup>1</sup> Véanse las referencias: Babbage, 1832, 1835.

<sup>2</sup> Véanse las páginas que le dedican Fröbel, *et alii*, 1980, pp. 42-54, 137-140, 187-188, donde Babbage es un recurso fundamental en su argumentación sobre la, entonces, 'nueva división internacional del trabajo'. Para una constatación 'muestral' de la actualidad del pensamiento y las aportaciones de Charles Babbage, baste con indicar algunas referencias del más alto nivel en campos tan distintos como la historia de la organización, del *operations management*, Lewis, 2007; la explicación por modelos mecánicos del funcionamiento de la mente, Cook, 2005; la mecanización de las matemáticas, Belanger y Stein, 2005, etc.

nueva sobre el trabajo científico en ese preciso momento histórico: no hay genios individuales –aunque algunos lo sean–, sino colectivos de pensamiento. El conjunto de estudios e investigaciones, muchos de ellos citados por Marx, y otros ignorados, pero presentes en su argumentación, forman un *corpus* de una consistencia verdaderamente notable. Ésta quizá es una segunda lección, muchas veces olvidada.

Tercera lección: esta estrategia para abordar y entender a un autor, o a un conjunto de autores, a una comunidad de pensamiento, es extraordinariamente rica para que fructifiquen nuevas orientaciones y enriquecimientos en el abordaje de la realidad social y de su interpretación. Espero mostrarlo con algunos ejemplos de las ‘consecuencias no queridas’ (aunque muy bienvenidas...) de buscar las influencias de un autor, Babbage para el caso, en otros autores y en la corriente principal de las ciencias sociales. Muy en especial, creo tener muy claro hoy el hecho de que esta forma de abordaje está en el origen de mi búsqueda, o mi encuentro, con el papel de las mujeres en la historia de las ciencias sociales.

La primera Ada Lovelace, en relación directa y con una influencia considerable, en Babbage<sup>3</sup>. Después, cuando quise seguir la eventual influencia de Babbage en la economía política del siglo XIX, trabajando muy de cerca a los autores que me parecieron fundamentales, especialmente John Stuart Mill, Alfred Marshall, o William Stanley Jevons, por ejemplo, las mujeres, Harriet Taylor y Mary Paley, especialmente, me hicieron descubrir un mundo nuevo: lo mejor de las aportaciones de algunos de los que se fueron convirtiendo en parte de mi pasión, en términos de investigación, o de preocupación por “el futuro de la clase trabajadora” era obra suya. No inspiración, sino obra suya. Es más, este papel de las mujeres, y muy especialmente en el caso de Mill, me abrió nuevos panoramas sobre el trabajo en común, sobre la creación compartida. Claro está que para ello, para profundizar en ese terreno, había, necesariamente que conocer muy de cerca y de primera mano esa creación intelectual, y, junto a ella, esa rela-

ción personal, esas vivencias. Dicho ahora sumariamente, había que seguir el día a día, el contexto, social, político, personal e intelectual de los autores para explicar, mejor, sus aportaciones, o en su caso, sus limitaciones.

Ni que decir tiene que en esa búsqueda, las ideas hechas, los estereotipos establecidos en las ciencias sociales saltaban por los aires a cada gran paso. No se podía encasillar a un ‘economista’ en los moldes que, hoy, les separa como si existiera un abismo, de un ‘sociólogo’, pongamos por caso. Así, en mi primera aproximación publicada a la obra de Charles Babbage, como homenaje y recuerdo a Luis Rodríguez Zúñiga, en 1993, incluí un epígrafe titulado “Cuando los economistas eran sociólogos. O viceversa”. Esta era la impresión que tenía en aquellos momentos tras una atenta lectura de la obra de Alfred Marshall, y de conocer su estilo de trabajo, su forma de escritura, y la mayoría de su obra publicada<sup>4</sup>.

Y, pertrechado con esas adquisiciones, que ya formaban parte de mi *manera de mirar* en sociología, comenzó una nueva etapa en esa perenne búsqueda de los clásicos, para, finalmente, aprender de ellos muchas de las que creíamos eran nuevas aportaciones, tanto metodológicas como teóricas. Aprendiendo, en suma, a trabajar de una forma más modesta, y desde luego, casi sin ser consciente de ello, más reflexiva, más atenta a la consideración de las condiciones de ‘producción’ de los textos, de las interferencias con el objeto de estudio de la propia posición del investigador.

Aquí podríamos decir que la lección magistral ha venido del estudio de la obra de Beatrice Webb, Potter de soltera. A través suyo, muchas de las lecturas y profundizaciones que se originaron en Babbage, tomaron un cuerpo nuevo y más consistente. Me llevaron a una reconsideración global, es decir, incluyente, de la historia y reconstrucción de la sociología británica. Partiendo de “la gran pareja”, como acabó denominándose a los Webb, Sidney y Beatrice, de sus relaciones científicas y personales; de la identificación del papel que a cada uno le correspondía en esa gigantesca obra común que ha marcado la

<sup>3</sup> Véase Fuegi y Francis, 2003.

<sup>4</sup> Véase Castillo, 1993.

sociología británica del siglo XX, me topé con Herbert Spencer, su mentor. O, para indicar otro jalón histórico, en esa búsqueda e investigación me encontré, y estudié en detalle, con la inmensa obra sociológica de fines del XIX y principios del XX, los diecisiete volúmenes de Charles Booth, *Life and labour of the people of London*, así como de otros muchos investigadores.

Cuando presenté en público los primeros resultados sobre los Webb, que debo decir se centraban especialmente en Beatrice, dediqué aquella conferencia y luego el texto, pronto publicado, a mis estudiantes de entonces, y muy en especial a quienes constituían mi equipo de investigación, mis discípulos más próximos, aquellos a los que creía y creo haber transmitido un estilo y una pasión por la investigación<sup>5</sup>.

Y, desde luego, en los diarios de Beatrice Webb encontré mucho de lo que era necesario para explicar la gestación de una obra, las dudas, los avances, la difícil construcción de una explicación científica. Por eso la he seguido poniendo como ejemplo y *ejemplar* para la formación de jóvenes sociólogos y sociólogos.

Ellos mismos, los esposos Webb, eran muy conscientes de la necesidad de reflexión sobre la práctica para avanzar en el estudio de lo social. Por eso publicaron un libro de métodos, que recogía su experiencia, en 1932, tras haber, frecuentemente, escrito y publicado sobre sus experiencias, tanto de investigación, como de reflexión teórica. Donde, además, podían incluir un ejemplo que mostraba los pasos en falso que pudieron dar con una estrategia de investigación determinada. En ese caso con el uso de un cuestionario. Por eso valen tanto sus notas que nosotros llamaríamos pomposamente “metodológicas”, en una de sus grandes obras: *Industrial Democracy, La Democracia Industrial*, que, finalmente editamos hace unos años, más de un siglo después de su publicación original<sup>6</sup>.

El texto que sigue es, también, y quizá habría que decir, sobre todo, un recorrido selectivo por lecturas y autores que me abrieron nuevos horizontes, al mismo tiempo que los descubría: ya fuera en relación con la propia constitución de las ciencias sociales, como en el caso de los trabajos, leídos por primera vez en 1992, sobre la constitución de la ciencia económica en Adam Smith, debidos a la reflexión en ciernes entonces de Andrés Bilbao<sup>7</sup>. O las intensas correspondencias e influencia, para bien y luego para mal, entre Auguste Comte y John Stuart Mill, que tanto sirven en una reflexión sensata en la eterna (y ya aburrida) argumentación sobre la interdisciplinariedad hoy en día. A mediados del siglo XIX no hacía falta ese recurso para que el pensamiento, en las ciencias sociales, encontrara lugares y asuntos comunes de reflexión. Antes de que las vallas y cercas académicas y corporativas dieran pié al eterno lamento sobre la interdisciplinariedad perdida<sup>8</sup>. O a la lectura, totalmente novedosa para mí, en relación a la (mala y esquemática) formación clásica que recibí, de la obra de Herbert Spencer, el “evolucionista” de los manuales, que adquiría significados y aportaciones insospechadas al descubrirlo como mentor de Beatrice Potter, a quien nombró su albacea testamentaria intelectual, y del que leí trabajos de una lucidez y penetración, como inspirador de mis preocupaciones intelectuales, realmente novedosas. Y al que volví a encontrar luego como uno de los pensadores que inspiraron a Marshall su ‘teoría’ de los distritos industriales.

En suma, en ese camino, y por esa búsqueda de los clásicos y de sus fuentes de inspiración, de su método de investigación, de sus posibles influencias, de su taller oculto de reflexión, he leído, es cierto, a autores y obras que no formaban parte de lo que debía ser el discurrir ortodoxo de un sociólogo. Ni siquiera del de un historiador, oficio en el que me formé en París bajo la tutela de Pierre Vilar<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> Véase Castillo, 1998 y 2001.

<sup>6</sup> Véase Webb, 2004, pero 1898.

<sup>7</sup> Aún conservo *papers* originales de Andrés Bilbao, de esas fechas, que más tarde dieron lugar a una producción mucho más elaborada y, desde luego, innovadora, publicada con posterioridad. Véase Bilbao, 1992.

<sup>8</sup> Véase mi trabajo “El paradigma perdido de la interdisciplinariedad: volver a los clásicos y al terreno”, publicado en el libro *A la búsqueda del trabajo perdido*, 1998.

<sup>9</sup> Vease, Castillo, 1979.

En ese camino, largo, perseverante, cuyo sentido creo hoy ser capaz de identificar, yacen explicaciones que uno puede aplicar a la enseñanza de la sociología, a la transmisión de unos saberes que han recorrido caminos de ida y vuelta. Por ello he creído que puede ser útil una reflexión pública y publicada. A ello va destinado este esfuerzo de identificar cuál ha sido, al menos en parte, mi particular *trastienda* de investigación, mi estilo de pensamiento. O mi perfil epistemológico, para decirlo como Gaston Bachelard. Qué papel ha jugado en él el permanente recurso a los clásicos.

Para poder transmitir esa pasión, vale la pena el esfuerzo de identificarla. Y eso, naturalmente, tiene que tomar un cierto aire de ser un autobiógrafo muy a mi pesar<sup>10</sup>.

## 2. EL ‘PRINCIPIO’

Una de las principales aportaciones de Charles Babbage, que le distingue nítidamente de sus contemporáneos en el estudio de las empresas y los sistemas productivos, y, especialmente, en cuanto a lo que él llamó la “economía interior” de una empresa, su organización, fue sin duda lo que ha dado en llamarse “el principio de Babbage”<sup>11</sup>.

Como recogimos ya en un trabajo publicado al principio de la trayectoria que analizamos en este texto<sup>12</sup>, en *On the economy of machines and manufactures*, Babbage dedicaba dos capítulos, a cual más importante e innovador para la época, a la división del trabajo. Uno sobre la división del trabajo manual, y otro sobre la división del trabajo mental o intelectual. Permítasenos recordar el tenor literal del hoy ya

famoso “principio” tomándolo de la edición española de 1835: “aunque sean estas causas [las enumeradas por Adam Smith] de grande importancia, y de las cuales cada una tiene su influjo respectivo sobre el resultado, creo sin embargo, que sería imperfecta la explicación del enlace que existe entre la economía de los productos manufacturados y la división del trabajo si se omitiera el principio siguiente. Al dividir la obra en distintas operaciones, de las cuales cada una requiere distintos grados de habilidad y fuerza, el patrón director de la fábrica puede adquirir exactamente la cantidad precisa de fuerza y habilidad para cada operación, en tanto que si la obra total hubiese de ser ejecutada por un solo artífice, este necesitaría indispensablemente reunir a un propio tiempo bastante habilidad para ejecutar las más delicadas operaciones y bastante fuerza para realizar las más penosas”<sup>13</sup>.

Sin minusvalorar otro conjunto de ideas que han cruzado la historia entera de la organización del trabajo, nuestro punto de partida para analizar la eventual repercusión de la contribución de Babbage a la evolución de las ciencias del trabajo en el siglo XX, partía de perseguir este principio y la discusión sustantiva que lo sostenía, en la economía política y en las distintas contribuciones desde ciencias afines, algunas nacientes<sup>14</sup>. Para luego, en una segunda etapa, tratar de averiguar la ‘razón’ de la publicación en España, la difusión de la economía política, las traducciones y su aplicación en la formación de los economistas españoles. Todo un programa de análisis de difusión de paradigmas científicos, y, más allá de ellos de su eventual influencia sobre aspectos clave de la sociedad española<sup>15</sup>.

<sup>10</sup> Véase el texto de Jean-Philippe Bouilloud, “Le chercheur un autobiographe malgré lui », incluido en De Gaulejac, 2007, pp. 75-89.

<sup>11</sup> Puede verse, como punto de consolidación de este argumento la obra ya clásica de Harry Braverman, *Labor and monopoly capital*, 1974, en cuyo capítulo 3, “The division of labor”, pasa revista a las clásicas aportaciones de Adam Smith, William Petty, etc, para detenerse en el que se llamará principio de Babbage, que Braverman considera que “might even be called the general law of the capitalist production”, p. 83.

<sup>12</sup> Véase Castillo, 1993.

<sup>13</sup> Babbage, 1835, pp. 159-160.

<sup>14</sup> Para una presentación sumaria de las distintas aportaciones, y su evolución en la literatura, principalmente, de la economía política, puede verse, por ahora, nuestro texto citado de 1993. Una evaluación más detallada y sostenida se incluye en el estudio introductorio a la edición crítica del *Tratado de mecánica práctica y economía política* de 1835, que verá la luz este mismo año 2009.

<sup>15</sup> Del primer intento se da cuenta sumaria en nuestro texto de 1993. Pero, aquel texto, que fue una publicación urgida por el homenaje a un querido colega, se escribió, todavía con decenas de notas sin transcribir, fichas del Archivo Histórico Nacional por interpretar sobre el editor y traductor español. Al día de hoy nos ha sido posible establecer una elaboración más fundamentada, que se incluirá en la edición crítica mencionada en nota anterior.

Eso es lo que buscaba, desde luego. Pero, por el camino me fui encontrando con muchas otras cosas, que es, como dije desde el principio, lo que aquí quiero mostrar, como argumento a favor de ese *perderse* por los clásicos para continuar, siempre, aprendiendo de ellos. Leí a y sobre muchos autores porque el objeto de estudio lo pedía: autores clásicos de referencia; autores clásicos que parecían haber contribuido a las ideas de Babbage, o discutido con él, como es el caso de Gioia. De todos ellos he abierto dos apartados para una reflexión más detenida. Un tercer epígrafe debiera estar dedicado a la culminación de ese viaje, que llega a Sidney y Beatrice Webb, después de pasar por Robert Owen, con quien enlaza Beatrice Potter en la presentación de su primer libro, *El movimiento cooperativo en Gran Bretaña*, de 1891, si no fuera porque en los distintos trabajos que he publicado recientemente creo haber desplegado un argumento semejante al indicado aquí. Por ello nos ha parecido suficiente el remitir a esos trabajos, especialmente al que culmina con la edición crítica de *La democracia industrial*, como hemos señalado con más detalle en la introducción de este artículo<sup>16</sup>.

### 3. CON JOHN STUART MILL Y HARRIET TAYLOR

En mi carpeta de notas relacionadas con Charles Babbage hay subcarpetas que casi igualan las dedicadas al “genio irascible” que tan bien convirtió en personaje de sus narraciones Charles Dickens. Desde luego, una de ellas es la que alberga notas trabajos, referencias, y libros en estantería aparte, de John Stuart Mill, y, con-

secuentemente de otros autores a él estrechamente vinculados.

Comencé una lectura sistemática, yendo a las ediciones originales y anotadas más solventes, en la Fondazione Einaudi de Turín, gracias al apoyo de Arnaldo Bagnasco, allá por 1987. Y pronto pude documentar no sólo la gran influencia y la cuidadosa lectura de la obra de Babbage por Mill<sup>17</sup>. También llegué a la conclusión de conjunto de que, en la que sería por años la obra de referencia más influyente en la economía política, *Los principios de economía política*, cuya primera edición es de 1848, teníamos prácticamente *incrustada* aquella obra pionera para nosotros de Babbage, al que nos apresuramos a considerar como el primer sociólogo del trabajo en sentido fuerte en la historia de la disciplina<sup>18</sup>.

Pero pronto fueron otros aspectos los que llamaron nuestra atención. El primero de ellos, leyendo la *Autobiografía*, y los excelentes estudios publicados sobre su evolución intelectual, utilizando su correspondencia, escritos no publicados, como el primer borrador de la *Autobiografía*, que se pudo conocer con posterioridad, fue el tener acceso, relativo, claro está, a la propia “fabricación” de una obra. Y no sólo en el sentido de conocer como se elaboró, paso a paso, el famoso capítulo de *Los principios* sobre el destino probable de la clase obrera. Capítulo escrito, como es sabido, en colaboración y discusión permanente con Harriet Taylor, la que terminaría siendo su mujer, y que fue desde muy temprano su inspiración y fuente de debate e iluminación. Digo no sólo de una obra o pieza concreta, sino de la propia perspectiva de creación e interés intelectual que orientó prácticamente los años que van de 1848 hasta su muerte en 1873<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Véase Potter, 1987, pero 1891. Y las referencias dedicadas a los Webb. Hemos aplazado, por considerar mejor lugar su ubicación en la edición crítica del *Tratado* de Babbage el análisis de los caminos a los que nos llevó el viaje de los libros: una sociología de la transferencia de saberes y la personalidad del traductor, que resultó ser una vía para aprender sobre ediciones críticas, sobre economía política en España, sobre las condiciones políticas de la emigración intelectual.

<sup>17</sup> Baste con remitir a las innumerables referencias y citas en extenso de Babbage contenidas en *Los principios*.... Mill, *Principles*, p. 1098. Pueden consultarse especialmente, los capítulos 8, del libro I, y 7 del libro IV. Y el estudio clásico de Romano, 1982, p. 394 nota.

<sup>18</sup> A partir de esta afirmación se entenderá que, cuando en 1993 fundamos un Seminario de Investigación con doctorandos y discípulos en formación que venían participando en proyectos de investigación que realizamos para la hoy Unión Europea, lo llamáramos Charles Babbage. Hoy es el Grupo de Investigación consolidado y ubicado entre los más valorados de la Universidad Complutense, y sigue ostentando el mismo nombre. [www.ucm.es/info/charlesb/](http://www.ucm.es/info/charlesb/).

<sup>19</sup> De toda la bibliografía consultada sobre estos aspectos estoy en deuda especial con Alice S. Rossi, quien utilizó las fuentes originales y reeditadas disponibles, con un aliento enormemente esclarecedor, en su estudio introductorio a Mill y Taylor, 1970, pp. 1-63: “Sentiment and intellect: the story of John Stuart Mill and Harriet Taylor Mill”. Véase, por supuesto, Mill, *Autobiografía*, edición de 1986 de Carlos Mellizo. El texto se terminó de escribir poco antes de su muerte, y conoció una primera accidentada publicación en 1873.

Y dentro de ese aprendizaje, lo que resultó para mí, y para mi evolución intelectual, una aportación que me ha abierto muchas ventanas para la comprensión tanto de la creación intelectual, como de la aportación de las mujeres a, entre otras muchas cosas, la creación científica, fue la relación y trabajo conjunto con Harriet Taylor, que tanto peso acabará teniendo en toda la orientación intelectual de Mill. Y no sólo eso, aunque el debate siga abierto sobre el papel preponderante de Harriet en la creación intelectual de Mill, mi propio convencimiento, tras tantas lecturas, y, sobre todo con la experiencia posterior adquirida en la frecuentación de “grandes parejas”, es que, efectivamente, Harriet Taylor influyó de manera muy sustantiva en la orientación y preocupaciones de este autor. Por no decir, llanamente, que, en efecto buena parte de su producción científica sólo puede entenderse como común<sup>20</sup>.

También en el caso de Mill tenemos una excelente ocasión de verificar qué hay de sociológico, o en términos de época, de economía política, o de filosofía social, en sus escritos. Y ello a través de la relación epistolar sostenida con Auguste Comte: la correspondencia y el desinterés mutuo posterior, que nos recuerdan, cuando a finales del siglo XIX, la sociología ‘oficial’ nace, precisamente como un crisol de saberes y conocimientos.

Pero donde mejor puede apreciarse esta ‘universalidad disciplinaria’, y su influencia en la realidad social, es en el influjo que tuvieron en España sus obras, y muy especialmente, *La esclavitud femenina*, que se publicó, en 1867, bajo el título *The subjection of women*, tras la muerte de su mujer. Apareció firmada por Mill, pero como él mismo afirma, su “fondo común de pensamiento” viene del trabajo y reflexión común con Harriet Taylor acumulado a lo largo de muchos años.

Mill escribe, resueltamente, en ese texto: “¿Quién es capaz de contar las ideas originales que, dadas a luz por escritores del sexo masculino, pertenecen realmente a una mujer que se las sugirió, sin que el hombre les preste más que la tasación el engarce?. Si yo hablara por experiencia propia, diría que el caso es frecuentísimo”<sup>21</sup>.

*La esclavitud*, que apareció también como *La dominación de la mujer*, conoció en España una difusión extraordinaria desde finales del siglo XIX, especialmente gracias a la difusión, traducción y publicación de ensayos de Emilia Pardo Bazán, que la publicó, con un prólogo en 1892. La reproducción, publicación, reimpressiones y difusión de este texto ha llegado hasta hoy mismo. No siempre con el cuidado y la anotación crítica que merecería, pero ello no obsta para constatar que la obra de John Stuart Mill, y con ella la de Harriet Taylor siguen siendo material de reflexión y discusión y debate hoy en día.

Cuando Emilia Pardo Bazán publica en su *Nuevo Teatro Crítico*, en mayo de 1892, su prólogo a *La esclavitud femenina*, abrió un debate en el que van a participar figuras señeras de nuestra tradición sociológica, muy especialmente Adolfo Posada, introduciendo en la entonces naciente sociología española a un autor como John Stuart Mill, y un argumento que sólo con el devenir de los años se ha constituido en parte del *main stream*, del paradigma dominante de la investigación sociológica actual.

Así escribía Posada en 1893, en *La amistad y el sexo*, discutiendo sobre “la posibilidad o imposibilidad de la amistad íntima entre personas de sexo distinto”, que “la lectura del hermoso libro de Stuart Mill *La esclavitud femenina* me abrió muy amplios horizontes, y no dejó de contribuir a que viese algo el prólogo que a la traducción española de ese libro puso doña Emilia Pardo Bazán”<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Véanse los argumentos de Alice S. Rossi, en su texto citado en nota anterior, pp. 39-40, donde muestra que la correspondencia entre Mill y Taylor prueba claramente el trabajo común y las revisiones y redacciones, durante semanas, por ejemplo, en *Los principios*, y el famoso capítulo sobre “El probable futuro de las clases trabajadoras”. En este mismo texto mencionaré algunas otras grandes parejas. Con resultados en la atribución científica más y menos equilibrados. Pero valga decir que la historia de la ciencia y de la cultura nos revela cada poco tiempo un caso nuevo, siempre discutido y puesto en cuestión por quienes siguen mirando al pasado con ojos de hombre. Piénsese en María Lejarraga, por sólo mentar una literata española sin literatura...

<sup>21</sup> Mill, *La esclavitud...*, pp. 428-429, de la edición de Pablo Lucás Verdú, 1965.

<sup>22</sup> Posada y González Serrano, 1893, p. 9. Pardo Bazán, 1892, “Stuart Mill”, pp. 41-76.

Para Posada no fue esta una preocupación esporádica, ya que pocos años más tarde publicaría su libro titulado *Feminismo*, en el cual reiterará sus alusiones y menciones de Mill, y del “hermoso libro” editado por la señora Pardo Bazán, dando cuenta también de “una ojeada sobre el feminismo en España” y sus publicaciones, en un volumen de casi trescientas páginas<sup>23</sup>.

Como decíamos, *La esclavitud femenina*, o *La dominación de la mujer*, según las traducciones, ha conocido una difusión realmente excepcional en España: se ha reeditado por el Ministerio de Trabajo en un libro de gran divulgación, *Sobre la libertad y otros escritos*, en 1991. Antes conoció, aparte de la edición clásica de Lucas Verdú, de 1965, varias reediciones y traducciones de la compilación editada por Alice R. Rossi, una llevada a cabo por Guadarrama, en Madrid, se publica el mismo año también en Editorial Península de Barcelona. Y este mismo año de 2008 se ha reeditado *La esclavitud femenina*, con el prólogo de Pardo Bazán, en Artemisa de Madrid. Y la prensa diaria se ha hecho eco, igualmente, a raíz de la reedición de *Los principios de economía política* y de la *Autobiografía* de la vigencia actual de John Stuart Mill, destacando la “dimensión ética y social” de su obra<sup>24</sup>.

Barbara Taylor, en una evaluación y estudio clásico sobre el papel del “owenismo”, el socialismo y el feminismo en el siglo diecinueve, mostró como las grandes conquistas en las demandas de igualdad para las mujeres, en las que tanto se avanzó desde aquellas posiciones que se llamaron utópicas, terminaron por ignorarse, para recomenzar de nuevo en los años sesenta del siglo veinte. El mismo argumento que funda la potente reclamación de su papel como socióloga en Alice Rossi, para desvelar y difundir lo que ya había sido avanzado en la igualdad de sexos en los tiempos de John Stuart

Mill y Harriet Taylor. En mi propia evolución intelectual, creo que este regreso a las fuentes, a los pioneros, a la defensa de una comunidad científica sin exclusiones, me ha orientado, y ayudado a descubrir caminos de reflexión que otros ya habían pisado. Barbara Taylor justifica el gigantesco esfuerzo de su investigación, precisamente, porque, como ella dice, “las visiones políticas son frágiles”. Y uno podría añadir: ‘y los paradigmas científicos también’. “Aparecen y se vuelven a perder. Las ideas formuladas por una generación son frecuentemente olvidadas, o reprimidas por la siguiente...”<sup>25</sup>.

Por eso creo que es muy útil para quien se forma como investigador el regresar a lo que creemos es el pasado. En él puede estar formulado nuestro futuro como investigadores.

#### 4. CON ALFRED MARSHALL, SIN MARY PALEY

Alfred Marshall es, sin duda alguna, *el autor* en el campo de la economía política, referencia insoslayable y fundamento, especialmente en los años que van de la publicación de su magna obra, *Principles of economics*, en 1890, y hasta su muerte en 1924. Así lo afirma su discípulo y exegeta John Maynard Keynes<sup>26</sup>.

“En Inglaterra [*Los Principios*] adquirió gradualmente una posición si no de tan exclusiva influencia como los *Principios* de Mill, que tuvieron en la generación anterior a 1850, al menos comparable con ella. Por la amplitud de los problemas que trataba se convirtió en libro de texto”, alcanzando una enorme difusión e influencia<sup>27</sup>.

Su obra, siguiendo la estela de Babbage, debía, por tanto formar parte imprescindible de una contrastación. Y así lo hice. Comenzando con un estudio de sus publicaciones y evolución, y tra-

<sup>23</sup> El ejemplar que pudimos consultar en el Ateneo de Madrid, con la colaboración de Paloma Candela, está mutilado, pero permite comprobar que el nivel de reflexión e importancia concedida al asunto ha adquirido notable desarrollo en España. Véase Posada, 1899.

<sup>24</sup> Emilio Ontiveros, “Vigencia de J.S. Mill”, en *El País Negocios*, domingo 17 de febrero de 2008.

<sup>25</sup> Taylor, 1993, p. ix.

<sup>26</sup> Véanse las referencias contenidas en mi artículo de 1991, “En los orígenes de la sociología del trabajo”. Y, para la evaluación contemporánea de la obra de Marshall, el libro editado por Pigou, en 1925, *Memorials of Alfred Marshall*.

<sup>27</sup> La afirmación es de Shove, 1971, p. 742. Lo de la escasa influencia en Europa, en p. 743. No es el momento de mayores precisiones, pero vale la pena decir que sí fue traducido, en las distintas ediciones al francés, y que pronto se difundió en distintas traducciones, tanto de la obra principal, como de la versión abreviada de 1892 para “junior students”.

tando de contextualizarla en el estado de los conocimientos en las ciencias sociales de la época<sup>28</sup>.

De Marshall apreciamos, conociendo en detalle su trayectoria intelectual, en primer lugar, e intentando evaluar nuestra propia biografía, su conocimiento directo y sobre el terreno, de la situación de las empresas y de sus trabajadores. En efecto, todos los biógrafos, y él mismo, enfatizan que sus primeros pasos fueron, como lo fuera para Babbage el recorrer los “distritos industriales”, como base para elaborar sus reflexiones. Eso es en efecto lo que hace entre 1867 y 1875, y más tarde, junto con Mary Paley, que se convertirá en su esposa en 1877.

Ya he mencionado este trabajo en común en el epígrafe “las mujeres y la vida” de mi libro *En la jungla de lo social*, pero vale la pena recordar aquí que el primero de los grandes trabajos de Marshall se publicará en 1879, y de él es coautora su mujer, ya entonces Mary Paley Marshall. Se trata de *The economics of industry*, cuya primera edición ve la luz en 1879, y de la que se conocen tres ediciones y numerosas reimpresiones, la última que hemos podido constatar, de 1890<sup>29</sup>.

Pero, pronto, Mary Paley Marshall, que fue profesora, ya en 1875 en Cambridge, y luego en Bristol, Oxford y de nuevo en Cambridge desaparece de la escena científica de Marshall. El *Who's who in economics. A biographical dictionary of Major economists, 1970-1981*, dice de ella, tras señalar que es la mujer de Alfred, que “merece un puesto por su propio derecho”. Habiendo sido la primera mujer *lecturer in economics* en Cambridge, como ya recogí en una primera nota hace años, “terminó sumergiendo su carrera en la de él”<sup>30</sup>.

Un caso muy distinto de la “gran pareja”, Sidney y Beatrice Webb, a quienes he dedicado

varios estudios y de los que cabe recordar, pero no repetir, los argumentos que son sustantivos en esta sede: el aprendizaje de su ejemplo como investigadores, de sus recursos intelectuales y metodológicos.

Pero volvamos a Marshall. Porque leerlo en nuestros días, sin las anteojeras de la clasificación disciplinaria, descubre que estamos ante un abordaje tan “sociológico” como cabría esperar de la mejor economía política de la época. Veamos esta proximidad, consciente hoy para mí, en algunos aspectos esenciales para nuestra propia concepción de la sociología.

“La economía se ocupa, principalmente, de seres humanos, impelidos, para bien o para mal, a cambiar y a progresar”, porque, si la economía es, por una parte una ciencia de la riqueza, por otra es “aquella parte de las ciencias sociales que estudia la acción del hombre en la sociedad”. Más aún, “la economía viene a ser, por tanto, el estudio de los aspectos económicos y condiciones de vida, política, social y privada del hombre, pero más especialmente de su vida social”<sup>31</sup>. Y en una nota mucho más adelante en su argumento dice que “quizá el uso del término Sociología es prematuro, pues éste parece suponer una unificación ya lograda de las ciencias sociales”<sup>32</sup>.

Y en el último de los libros publicados en vida del autor, *Money, credit and commerce*, dice para destacar el objeto del mismo: “el propósito principal [del libro] es estudiar la dirección de los esfuerzos de los hombres para el logro de fines materiales: y buscar las posibilidades de mejoras en ese proceder que puede incrementar el control de los pueblos del mundo sobre sus recursos, y capacitarle para desarrollar sus más altas facultades”<sup>33</sup>.

<sup>28</sup> En este camino, como ya he sugerido, y como argumentaré más abajo, lo que seguiré llamando por comodidad, sociología de la sociología, o de la producción científica, me llevó a leer obras que me reorientaron en mi pesquisa, o que me abrieron ventanas nuevas de interpretación. En este caso merecen mención especial las obras de David Reisman (Ver bibliografía).

<sup>29</sup> Véase, por todos, la edición de Whitaker, 1975, *The early economics writings of Alfred Marshall*. La primera edición de *The elements...* es de Macmillan, 1879, 231 p.

<sup>30</sup> La crónica documentada de Méndez Ibisate, 2001, no deja lugar a dudas sobre esta afirmación, corroborada por la documentación citada en ese *paper*: Nada hacía presagiar esta actitud de Marshall, a juzgar por la extraordinaria conferencia de 1873, “Sobre el futuro de las clases trabajadoras”, en la que evoca la autobiografía de Mill, y la influencia de las mujeres en la creación de las obras científicas.

<sup>31</sup> Las citas, por la edición española de Aguilar, Marshall, 1963, en pp. XXV, 43 y 36.

<sup>32</sup> Marshall, 1963, p. 635, nota.

<sup>33</sup> Marshall, 1923, Book IV, Chap. II, pp. 238-245, “Influences...”. “The main purpose [of the book] is to study the direction of man's efforts for the attainment of material ends: and to search for possibilities of improvements in that procedure which may increase the command of the people of the world over their resources; and enable them to develop their higher faculties”.

Estas declaraciones podían tomarse como *declamaciones* de principios que luego se olvidan. Antes al contrario: todo el texto de *Los Principios*, que se lee con una fluidez y base argumental enormemente atractiva, revela una preocupación permanente por esos aspectos subrayados en los párrafos anteriores. Ya sea en el estudio del tiempo de trabajo: “las relaciones entre la eficiencia industrial y las horas de trabajo son complejas. Si el esfuerzo es muy grande, un hombre está capacitado para continuar una larga tarea hasta un cierto momento en que queda tan agotado que su eficiencia se resiente mucho por ello”<sup>34</sup>; del papel de balance y equilibrio que pueden jugar unas organizaciones sindicales fuertes y responsables<sup>35</sup>, en el estudio directo de las condiciones de trabajo, y, como, siguiendo muy de cerca la estela de Babbage, de la división del trabajo y de la organización interna de la producción en las fábricas, o en los sistemas de fábricas, que después de él, y hasta hoy en día se llamarán “distritos industriales”: “una fábrica relativamente pequeña se mantendrá al día y dará un constante empleo a las mejores máquinas para cada procedimiento, de modo que una fábrica grande no es más que la reunión de diversas fábricas pequeñas paralelas, situadas bajo el mismo techo”<sup>36</sup>.

En todos esos temas y en tantos otros que sería prolijo enumerar en su totalidad, como las cualificaciones de los obreros y artesanos<sup>37</sup>, o las necesidades impuestas por las nuevas tecnologías de la época<sup>38</sup>, Marshall es una lección viva de lo que puede ser un científico social abierto a su tiempo hasta los últimos años de su vida. Murió a los 82 años en 1924. Y cuatro años antes anotaba cuidadosamente con lecturas

absolutamente al día cada página y argumento de su libro, o añadía, en los últimos libros, observaciones y anotaciones largas y detenidas, aunque versaran sobre temas muy distintos, entre ellos, incluyendo, desde luego, todo cuanto se publicaba sobre organización del trabajo, sobre taylorismo, sobre la comparación con las aportaciones inglesas, etc. etc.<sup>39</sup>.

Pero estas notas no bastarían para subrayar la eventual influencia de este *détour* por la obra y la vida de Alfred Marshall, si no se destacaran otros aspectos menos evidentes, pero, en mi reflexión actual, probablemente muy influyentes.

El primero es el estilo de escritura. Llano, inteligible, sin artificios que oculten su construcción. Si se parte de su formación matemática y lógica, se puede constatar que, aunque los argumentos que sostiene, como en su día demostró Manuel Castells para la obra de Marx, parezcan únicamente discursivos, podrían formalizarse en muchas ocasiones. Y de hecho, con gran probabilidad lo han sido antes de presentarse al público.

Es conocido que Marshall reescribía *da capo*, o dictaba, sus obras una, dos o más veces. Leyendo esas impresiones, uno se lo imagina revisando su obra en un ordenador actual. Pero, difícilmente reescribiendo una obra monumental, por mucho que recurriera a amanuenses, sólo por el prurito de, primero, hacerla accesible, legible y, a mi juicio, sobre todo, *debatible*, *discutible*.

El segundo rasgo es su admiración y lectura de los que hoy nosotros, los sociólogos, seguimos acogiendo en nuestro seno como nuestra tradición. Por ejemplo, su estudio crítico de la obra de Le Play, que nos abre también la vía para nuestro tercer rasgo.

<sup>34</sup> Marshall, 1963, p. 569; a esta siguen una serie de observaciones que recogen cuanto se conocía sobre estos asuntos en la época, incluyendo las notables, y luego olvidadas, aportaciones de Jevons. Todo ello dentro de un capítulo, el XIII, del libro VI, dedicado a “El progreso en relación con el nivel de vida”.

<sup>35</sup> “Poco más que daños pueden venir de un sindicato débil, dispuesto siempre a intervenir, pero rara vez capaz de asegurar el cumplimiento leal de un convenio en el que ha tomado parte; (...) tenemos que convenir que en tales industrias los sindicatos facilitan los negocios”; Marshall, 1936, p. 24.

<sup>36</sup> Marshall, 1963, p. 235.

<sup>37</sup> Ver, por ejemplo, Marshall, 1963, pp. 174 y ss., Capítulo VI del Libro IV, “La educación industrial”.

<sup>38</sup> Marshall, 1963, pp. 210-22, “División del trabajo. La influencia de la máquina”.

<sup>39</sup> Estos libros son *Industry and trade*, 1919, cuyo subtítulo es bien expresivo: “Un estudio de la técnica industrial y de la organización empresarial; y de sus influencias sobre las condiciones de varias clases y naciones”. Como ejemplo puede verse su capítulo XI, pp. 365-378, “Business organization: applications of scientific method”. El otro libro es *Money, credit and commerce*, 1923. Parece bastante probado que Mary Paley se encargó de editar, anotar y poner al día tanto los últimos libros de Marshall, como, probablemente la edición de 1920 de *Los Principios*, la octava y última editada en vida del autor (Méndez, 2001).

En la obra de Le Play, como ha analizado Giacomo Becattini, Marshall ejemplifica, en *Los principios*, su distinción entre el método *intensivo*, y el método *extensivo*. “El método de Le Play es el estudio intensivo de todos los detalles de la vida doméstica de unas pocas y bien escogidas familias. Para trabajar bien con él, se requiere una difícil combinación de juicio en la selección de casos, y de profundidad y simpatía en la interpretación de los mismos. Bien hecho es lo mejor, pero en manos normales es difícil que sugiera más confianza en sus conclusiones generales que las obtenidas por el método extensivo de recoger más rápidas y numerosas informaciones, reduciéndolas, en lo posible, a una presentación estática”<sup>40</sup>.

Marshall abrirá las posibilidades de reflexión para la construcción de casos *representativos o significativos* con consideraciones como ésta: “el coste normal de producción puede ser calculado con respecto a una empresa representativa, que efectúe una buena distribución, tanto de aquellas economías internas que corresponden a un negocio individual bien organizado, como de aquellas economías generales externas que aparecen en la organización colectiva de un distrito considerado como un todo”. Y concluye: “así, pues, una empresa representativa es, en cierto sentido, una empresa media; [se pueden entender muchas cosas por esto]. No podemos ver esto examinando una o dos firmas tomadas al azar, pero podemos hacerlo bastante bien escogiendo, después de un amplio estudio, una empresa...”<sup>41</sup>.

Talcott Parsons escribió y reflexionó sobre esta proximidad y vinculación con la gran tradición europea de la sociología, identificando en *La estructura de la acción social*, publicada originalmente en 1937, a ese “grupo de recientes escritores europeos” en las figuras de Pareto, Durkheim, Weber y Marshall<sup>42</sup>.

En un artículo de 1931 ya le había dedicado a Marshall una reflexión, en relación con el pensamiento de su tiempo, a la eventual relación entre economía y sociología. Aquí encontró interesantes vinculaciones entre Weber y Marshall. Destaca su énfasis en “la relación de las actividades económicas con el carácter humano”, y su eventual “contribución a un sistema de sociología”. Y reivindica, al final del texto, su pasión por la teoría como única forma de colocar los hechos en su lugar: “Si la ciencia falla en cartografiar su curso, estará tan perdida en los mares sin planos de los ‘hechos’, como un barco sin navegante”<sup>43</sup>.

En mi trayectoria intelectual y en mi obra publicada, la influencia de Alfred Marshall está siempre presente, aunque no se vea tanto como ahora creo que merece. Y muy especialmente en lo que concierne al estudio de la reorganización productiva, de los distritos y “detritos industriales”, de la cultura industrial, encarnada, institucionalizada o materializada en un territorio socialmente significativo<sup>44</sup>. Para ello su concepto de *atmósfera industrial*, “los misterios de la industria pierden el carácter de tales, y están como si dijéramos, en el aire”, y la atenta lectura de su obra es de una riqueza potencial que solo la investigación actual, en el contexto desenfrenado de la subcontratación generalizada y de la, otra vez, ‘nueva división internacional del trabajo’, permite calibrar en todo su valor<sup>45</sup>. Un clásico con todos los honores.

## 5. CONCLUSIÓN PROVISIONAL: ‘PASIÓN Y OFICIO’, APRENDER CON LOS CLÁSICOS

Con ese mismo título, pasión y oficio, e inspirado por las afirmaciones de Beatrice Webb en su diario, *creed and craft*, publiqué en 2001, unas notas introductorias a la edición de su pri-

<sup>40</sup> Marshall, *Principles*, vol. 1, p. 116. Citado por Becattini, 1990, p. 293, nota 58.

<sup>41</sup> Marshall, 1963, escribe la primera cita en el prólogo a la octava edición, esto es, en 1920, p. XXIV. La segunda cita es de la p. 265, y se está refiriendo a los estudios de casos. Referencias semejantes en las pp. 1 y 4.

<sup>42</sup> Véase Parsons, 1949, pp. 129-177.

<sup>43</sup> Parsons, 1931-32, pp. 319, 336 y 345.

<sup>44</sup> Pueden verse varios artículos recogidos en Castillo, 1994. Y, también, más recientemente nuestro estudio de la organización del trabajo en las fábricas de software, Castillo, 2007. Un balance de conjunto en Castillo, 2008.

<sup>45</sup> La referencia al concepto de *atmósfera industrial*, en el contexto de su reflexión sobre las cualificaciones y la formación de los trabajadores, están en el libro IV de *Los principios*, donde se subraya que la habilidad “depende en gran parte del ambiente de la infancia y la juventud”. La cita en el texto en p. 226, sigue: “y los niños aprenden mucho de ellos de un modo inconsciente”.

mer artículo sociológico, “Diario de una chica trabajadora”, de 1888. Allí la presenté, en la principal revista sociológica española, como una de las damas fundadoras de la sociología<sup>46</sup>.

Cuanto vengo argumentando en esta reflexión sobre la práctica de mi profesión de sociólogo, tiene un momento culminante, y en algún modo ejemplar, precisamente, en el tiempo y las páginas que he dedicado a esta ‘gran pareja’, los Webb, que constituyen uno de los pilares fundamentales de nuestro acervo como sociólogos, economistas o estudiosos de la reforma social y del Estado de Bienestar. Lo que he aprendido de su obra es, quizá, el último producto de ese camino, tan largo y perseverante, que se inició con el perseguir las trazas y huellas de Charles Babbage. Tanto en relación con su obra, como en relación con sus fuentes y contemporáneos.

En ellos se plasma el ejemplo de la reconstrucción de un pasado, frecuente y casi totalmente ignorado en nuestra tradición sociológica, pero que dormía ahí en citas, en bibliotecas, en libros que a veces no habían sido abiertos nunca antes de nosotros. Un pasado inmenso, que me ha llevado a frecuentar la sociología británica y sus autores hasta su primera refundación a finales de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Y más tarde, hasta hoy en día, en la brillante, diversa y decisiva aportación que puede ejemplificar la revista de referencia internacional más prestigiosa en nuestra área, *Work, Employment and Society*.

En ellos he intentado plasmar, a través de los diversos trabajos que les he dedicado, en la difusión de su obra menos conocida, en el recurso *actual* a sus enseñanzas, la demostración de lo

que aquí he tratado de argumentar mirando a mi propia formación, apertura y curiosidad científica por, en, y hacia, otras disciplinas. Como la culminación de un ejercicio reflexivo sobre la trastienda de la reflexión sociológica y las fuentes de su iluminación y creatividad.

Termino, provisionalmente, aquí la narración de un recorrido y una reflexión en el cual he tratado de identificar algunas ideas que pueden servir para defender un estilo de formación para quien se inicie, o persevere, en el oficio de sociólogo, cuyas bases fundamentales, sean el recurso permanente a cuestionar, identificar y vivificar las aportaciones de los y las que hemos llamado clásicos de las ciencias sociales.

A seguir las pistas, ideas, referencias y sugerencias que están siempre yaciendo, a veces casi ocultas entre las citas, perdidas para el lector apresurado y acrítico, al que le bastan con los resúmenes de segunda mano, y para el que todo lo que sea demora y reflexión parece ya pérdida de tiempo<sup>47</sup>.

Los clásicos desvíos en sociología no llevan sino a una mejor y mayor capacidad de intelección de los tiempos nuevos y turbulentos que nos ha tocado vivir. Porque ellos nos devuelven, sin darnos cuenta, a una mayor capacidad para la integración de los saberes en las ciencias sociales.

La formación de los jóvenes sociólogos actuales, creo, debe demorarse en la reflexión para que la acción pueda ser, cada vez más, razonada y razonable. Algo en lo que tanto podemos aprender de las mujeres, y de las mujeres sociólogas muy especialmente. Las mismas que tanto contribuyeron a la consolidación de la tradición clásica, y de las que tan poco sabemos, aún, hoy en día.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BABBAGE, Charles (1832): *On the economy of machines and manufactures*, Londres, Charles Knight, [primera edición; el mismo año se publican 4 ediciones]

BABBAGE, Charles (1835): *Tratado de mecánica práctica y economía política...*, Traducido de la 3ª edición inglesa y ampliada con notas por D. José Díez Imbrechts, Madrid, Imprenta de I. Sancha, 1835, XX+356 p.

<sup>46</sup> Véase, Castillo, 2001, que incluye Webb, 2001 [1888].

<sup>47</sup> Este es un pequeño homenaje al que fuera mi compañero en la defensa de la Universidad Democrática, Josep Vicent Marqués, del que aún me emociona recordar uno de sus cuentos en los que dos citas enamoradas, en páginas contiguas, sufren porque el dueño del libro en el que están se ha ido sin acordarse de cerrarlo y juntarlas. Marqués fue uno de los pocos sociólogos feministas cuando eso era tan excepcional, como el permanente oficio de desmitificar a los mandarines de la Universidad. Él era capaz de hacerte ver esas ideas dormidas entre las citas. Va por ti, colega.

- BABBAGE, Charles (1989): *Science and reform. Selected works of Charles Babbage, chosen with an introduction and discussion by Anthony Hyman*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, VII+359 p.
- BABBAGE, Charles (1989): *The Works of Charles Babbage*, Londres, William Pixkering, 1989, 11 volúmenes.
- BECATTINI, Giacomo (1990): “Alfred Marshall e la vecchia scuola economica di Cambridge”, en G. Becattini (a cura di), *Il pensiero economico: temi, problema e scuole*, Turín, UTET, 1990.
- BELANGER, Jay; Stein, Dorothy (2005): “Shadowy vision: spanners in the mecanization of mathematics”, *Historia Mathematica*, vol. 32, 2005, pp. 76-93.
- BILBAO, Andrés (1992): “Smith: la constitución de le economía como ciencia”, manuscrito no publicado, con comentarios de JJC el 13 de febrero de 1992.
- BRAVERMAN, Harry (1974): *Labor and monopoly capital. The degradation of work in the twentieth century*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press, 465 p.
- CASTILLO, Juan José (1979): *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, 552 pp. [Prólogo de Pierre Vilar]
- CASTILLO, Juan José (1991): "En los orígenes de la Sociología del Trabajo: la obra de Charles Babbage", en *Escritos de Teoría Sociológica. Homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1993, pp. 237-260.
- CASTILLO, Juan José (1998): *A la búsqueda del trabajo perdido*, Madrid, Editorial Tecnos, 1998, 215 p.
- CASTILLO, Juan José (1998): "Beatrice Webb: la Sociología del trabajo entre dos siglos", *Política y Sociedad*, n., 2000, pp. 195-205 [Monográfico sobre relaciones de género, editado por Inés Alberdi]
- CASTILLO, Juan José (2003): “En la jungla de lo social: Beatrice Webb, nuestra contemporánea”, en J.J. Castillo: *En la jungla de lo social*, Madrid y Buenos Aires, 2003, pp. 67-98.
- CASTILLO, Juan José (2001): “Pasión y oficio: Beatrice Webb en la fundación de la sociología”, presentación del texto “Diario de una investigadora”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 93, enero-marzo 2001, pp. 183-187, seguido, pp. 189-201 del texto citado.
- CASTILLO, Juan José (2003): *En la jungla de lo social. Reflexión y oficio de sociólogo*, Buenos Aires y Madrid, Miño y Dávila Editores, 204 p.
- CASTILLO, Juan José (2007): *El trabajo fluido en la sociedad de la información: organización y división del trabajo en las fábricas de software*, Madrid y Buenos Aires, Miño y Davila, 2007, 158 p.
- CASTILLO, Juan José (2007): *La soledad del trabajador globalizado. Memoria, presente, futuro*, Madrid, La Catarata, 2008, 160 p.
- COOK, Simon (2005): “Minds, machines and economic agents: Cambridge receptions of Boole and Babbage”, *Studies in History and Philosophy of Science*, vol. 36, 2005, pp. 331-350.
- FRÖBEL, Folker; Jürgen HEINRICH; Otto KREYE (1980): *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1980, 580 p.
- FUEGI, John; Jo FRANCIS (2003): “Lovlace and Babbage and the creation of the 1843 ‘Notes’”, *IEEE Annals of the History of Computing*, octubre diciembre 2003, pp.16-26.
- GAULEJAC, Vincent de; Fabienne HANIQUE; Pierre ROCHE (dirs.) (2007) : *La sociologie clinique. Enjeux théoriques et méthodologiques*, Ramonville Saint-Agne, ÉRÊS, 2007.
- JEVONS, William Stanley (1970 [1871]) : *The theory of political economy*, Harmondsworth, Penguin, 1970 [primera edición, 1871], 272 p. [Edición a cargo de R.D. Collison Black]
- JEVONS, William Stanley (1892) : *Nociones de economía política*, París, Librería Garnier Hermanos, 1892, 188 p.
- LEWIS, Michael A. (2007): “Charles Babbage: reclaiming an operations management pioneer”, *Journal of Operations Management*, vol. 25, 2007, pp. 248-259.
- MARSHALL, Alfred (1975): *The early economics writings of Alfred Marshall (1867-1890). Edited with an introduction by J.K. Whitaker*, Londres, Basingtoke, Macmillan for The Royal Economic Society, 1975, 2 vols., XXI+296; VIII+404 p.
- MARSHALL, Alfred (1961 [1920]): *Principles of economics. Ninth (variorum) edition, with anotations by C.W. Guillebaud*, Londres, Macmillan, 1961, 2 vols., XXIV+858; IX+886 p.
- MARSHALL, Alfred (1963 [1920]: *Principios de economía*, Madrid, Aguilar, 1963, [Traducción de Emilio de Figueroa; Prólogo de Manuel de Torres. Traducción de la 8ª edición, de 1920]

- MARSHALL, Alfred (1919): *Industry and trade. A study of industrial technique and business organisation; and their influences on the conditions of various classes and nations*, Londres, Macmillan, 1919, 874 p.
- MARSHALL, Alfred (1923): *Money, credit and commerce*, Londres, Macmillan, 1923, 369 p.
- MÉNDEZ Ibisate, Fernando [2001]: *Mary Paley Marshall*, Working Paper, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Complutense de Madrid, 51 páginas.
- MILL, John Stuart (1965 [1848]): *Principles of political economy with some of their applications to social philosophy*, Londres, University of Toronto Press-Routledge, Kegan and Paul, 1965, 2 vol., XCIV+451; XV+1166 (en total)
- MILL, John Stuart (1965): *De la libertad. Del gobierno representativo. La esclavitud femenina*, Madrid, Editorial Tecnos, 1965, 457 p. [Introducción por Pablo Lucas Verdú]
- MILL, John Stuart (1986, [1873]): *Autobiografía*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, 291 p. [Prólogo y notas de Carlos Mellizo]
- MILL, John Stuart y Harriet TAYLOR MILL (1970): *Essays on sexual equality*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1970, 242 p. [Edited and with an introduction by Alice S. Rossi]
- PAGANO, Ugo (1991): "Property rights, asset specificity, and the division of labour under alternative capitalist relations", *Cambridge Journal of Economics*, 1991, vol. 15, pp. 315-342.
- PARDO Bazán, Emilia: "Stuart Mill (Prólogo a La esclavitud femenina)", *Nuevo Teatro Crítico*, año II, mayo 1892, n. 17, pp. 41-76
- PARSONS, Talcott (1932): "Economics and sociology: Marshall in relation to the thought of his time", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 46, n. 2, febrero 1932, pp. 316-347.
- PARSONS, Talcott (1937): *The Structure of Social Action. A study in social theory with special reference to a group of recent european writers*, Glencoe (Ill.), The Free Press, 1937 [Consultado en la segunda edición, idéntica, de 1949. Edición en castellano, Madrid, Guadarrama, 1968]
- PIGOU, A. C. (editor) (1966 [1925]): *Memorials of Alfred Marshall*, Nueva York, A.M. Kelley Publishers, 1966, 518 p. [Reprint de la edición original, Londres. Macmillan, 1925]
- POSADA, Adolfo (1899): *Feminismo*, Madrid, Librería de Fernando Fé, 284 p.
- POSADA, Adolfo; Urbano GONZÁLEZ SERRANO (1893): *La amistad y el sexo. Cartas sobre la educación de la mujer*, Madrid, Fernando Fé, 1893, 32 p.
- POTTER, Beatrice (1987 [1891]): *The cooperative movement in Great Britain*, Londres, Gower, 1987, XXXVII+260 p.
- REISMAN, David (1987): *Alfred Marshall. Progress and politics*, Londres, Macmillan Press, 1987, 499 p.
- REISMAN, David (1990): *Alfred Marshall's mission*, Basingstoke, Macmillan, 1990.
- ROMANO, R.M. (1982): "The economic ideas of Charles Babbage", *History of Political Economy*, vol. 14, n. 3, otoño de 1982, pp. 385-405.
- SCHAFFER, Simon (1994): "Babbage's intelligence: calculating engines and the factory system", *Critical Enquiry*, vol. 21, n. 1, otoño 1994, pp. 203-227.
- SHOVE, G.F. (1971 [1942]): "El lugar de *Los principios* de Marshall en el desarrollo de la teoría económica", en J.J. Spengler y W.R. Allen: *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*, Madrid, Tecnos, 1971, pp. 726-754.
- SMITH, Adam (1976): *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Oxford, Clarendon Press, 1976, 2 vols., 66+1080 p. [General editors: R.H. Campbell y A.S. Skinner; textual editor: W.B. Todd]
- TAYLOR, Barbara (1993): *Eve and the new Jerusalem. Socialism and feminism in the nineteenth century*, Cambridge (Mss.), Harvard University Press, 1993 [Paperback edition; edición original, 1983, Londres, Virago Press]
- WEBB, Beatrice (2001, 1888): "Diario de una investigadora", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 93, enero-marzo 2001, pp. 189-201. [Se puede descargar en [www.reis.es](http://www.reis.es)]
- WEBB, Sidney y Beatrice (2004, 1898): *La democracia industrial*, Edición, estudio introductorio y revisión de la traducción, Juan José y Santiago Castillo, Madrid, Biblioteca Nueva y Fundación Largo Caballero, 2004, XXXII+668 p.
- WHITAKER, J. (editor) (1990): *Centenary seáis on Alfred Marshall*, Londres, Allen and Unwin, 1990.